

## **Confesiones de Despedida (sobre Eros, Homofobia, y Baco).**

**Oscar Guasch<sup>1</sup>**

### **Introducción**

Los editores de este volumen me regalan un espacio donde narrar mis experiencias masculinas. Se lo agradezco. Es un placer. Mi vida como hombre gira en torno a la homofobia. Puedo contar cómo aprendí a ser homófobo y cómo he procurado dejar de serlo. No sé si eso puede interesar a mucha gente. Pero como lo personal es político, compartir mis experiencias de dolor y humillación (y también las de paz y alegría) quizás ayuden a otros a sentirse menos solos. Primero fui homosexual. Luego me hice gay. Ahora ya no soy ni lo uno ni lo otro, aunque sigo padeciendo el sexismo homófobo de mi entorno. Para explicar bien esos procesos personales que, insisto, son procesos políticos, debo darles contexto; así que quiero destacar que en mi vida lo he mezclado todo: lo privado, lo profesional, y lo afectivo.

Conozco el mundo desde mis condiciones sociales y personales. Ambas se organizan en torno al estigma que provoca la homofobia. Mi biografía está marcada por la homofobia social (la de los otros) y también por la propia: por el modo en que me enseñaron (y aprendí) a odiarme por ser como soy. Por eso llevo años denunciando la primera y sanando las heridas emocionales que produce la segunda. Estas páginas muestran el modo en que el género y la sexualidad han articulado mi vida como hombre. Se trata de una vida común. Es una vida cualquiera. Es una vida estándar. Pese a ello, deseo compartir mis experiencias como estigmatizado y como hombre. Este texto, como todo lo que he escrito, es producto de mis valores y de mis compromisos. Pero también es el resultado de mis errores y de mis traiciones. Confieso que estoy enfadado (pero alegre). Tengo derecho a estar enfadado. Me disgusta y me harta la mediocridad emocional que nos envuelve y de la que formo parte. Al fin y al cabo no vivo en Marte, sino aquí, junto a todos. El enfado está presente en mis escritos (también en éste) porque me duele la corrupción de los valores que defiendo: la honestidad social, la sinceridad con uno mismo, y el trabajo y los servicios bien hechos. Estos últimos, sin que sea relevante la titularidad de las organizaciones y personas que los prestan. Soy un funcionario. Estoy al servicio de ciudadanos, a quienes enseño y con quienes aprendo. Por eso estoy contra la basura intelectual y a favor de la excelencia emocional.

El siglo XXI ha de ser el siglo de los hombres. Y como varón del siglo pasado, algo anacrónico pero también esperanzado, quisiera contar a los que vienen cómo imagino el futuro de los hombres. Imaginar crea las condiciones de posibilidad social de la existencia. Imaginar permite que el futuro sea. Afortunadamente las utopías nunca se logran. Pero sí cumplen la función de indicar destinos posibles. Las utopías son los mitos del futuro y, como varón, deseo construirlo imaginándolo. Ése es mi compromiso. Por eso intento desenmascarar lo que creo falsas promesas: eso incluye el mito heroico masculino, y también el mito gay. Procuro fomentar entre mis pares la renuncia a las

---

<sup>1</sup> Departamento de Sociología. Universidad de Barcelona.

falsas recompensas: sean éstas los honores y alabanzas ofrecidas a los “hombres de verdad”, sea la tolerancia que se brinda a los desviados si renuncian a ser como son y se tornan respetables a los ojos de quienes les están sobornando. En realidad, debería estar muerto. Pero no lo estoy. Así que, mediante estas palabras, deseo agradecer seguir estando de pie sobre la tierra, recordar a otros que murieron, y ofrecer mi experiencia a los que vienen por si en algo les conviene.

## Niño y adolescente

Yo fui un niño inocente y bueno. Maravillaba a las amigas de mi madre porque era educado, atento, correcto. Es decir, era *marica* aunque no me nombraran así. Se supone que los niños son más espontáneos y simples. Yo era un manipulador que, además, tenía secretos. Usando el lenguaje eclesiástico de la época: a mí me encantaban los *tocamientos* y las *rozaduras* con mis compañeros. Fui un niño inocente, pero perverso. No se por qué y tampoco ya me importa. Pero me excitaban las películas de romanos, las de marineros, y las de la legión. Me atraían sobre todo las piernas peludas de los centuriones, los marineros azotados por amotinarse, y las tetas de los legionarios. Era un niño inocente, pero un poco mirón. También me fijaba en la entrepierna de los hombres preguntándome qué podía haber allí adentro. Tan grande era mi curiosidad que, con trece años, intenté seducir a un señor de unos cuarenta. Sucedió en un cine de mi ciudad. Él estaba en los urinarios cuando entré. Me puse a su lado y quise tocar esa maravilla que crecía por momentos. Acosé a ese señor hasta el punto de asustarlo y, si no hubo nada, fue porque él no quiso. Lolita no lo habría hecho mejor, aunque Leonor quizás sí. Ésta conoció a Antonio Machado a los trece y se casó con él a los quince. Así que mi caso no es tan raro.

Muchos hombres que entienden me han dicho que de niños sabían muy bien qué querían y que fueron seductores activos tanto de sus pares como de adultos. Pero una cosa es saber lo que apetece y otra poder escapar del miedo y de la angustia con que nos enseñan a vivir esos deseos. La sociedad que me educó era gris y reprimida por católica, e hizo de mí un niño aterrado. Ahora que la sociedad persigue sacerdotes que abusaron de niños que cuidaban, me pregunto por qué no castigarlos por introducir el pánico en las mentes infantiles. Aterrar a los niños también es una forma de abuso. En mi caso, jamás me tocaron. Pero el temor al infierno prometido a los pecadores del cuerpo se mezclaba con el deseo perfumado de zotal. Creí en los Reyes Magos. Rezaba en las iglesias y fuera de ellas. Me comportaba tal y como lo hacen los niños; pero siéndolo y no pudiendo acceder a los adultos, opté por seducir a la gente de mi edad. Pasé parte de mi tiempo ligando con compañeros de colegio y con vecinos de juegos. Y tuve un éxito razonable. Me las ingenié para construir situaciones sociales eróticas. Enseñar revistas porno (traídas de Dinamarca en los primeros setenta) e intentar masturbaciones conjuntas. Dormir con quienes me gustaban cuando la clase iba de excursión. Meterme en las duchas de las piscinas y jugar, desnudo, con mis amigos. Y lo cierto es que nunca nadie se violentó por ello. Casi siempre aceptaron de buen grado participar en el asunto, aunque luego se mostraban distantes por un tiempo. Hasta que volvía a apetecerles hacerlo. Cuando eso sucedía, me iba a estudiar a sus casas, dormía con ellos (con el beneplácito de sus padres) y pasábamos la noche metiéndonos mano. Todo eso duró (más o menos) desde los siete hasta los quince o los dieciséis. A partir de entonces las cosas se complicaron. Tan sólo mediante el alcohol lograba seducirlos. Y entre tanto alcohol terminé por convertirme en alcohólico (si bien eso lo entendí dos décadas

después). Pero esta orgía infantil y adolescente tuvo su lado oscuro. La Iglesia católica y sus sucias palabras tuvieron que ver con ello.

En nuestra sociedad el concepto de culpa sustituye al de responsabilidad y es un eficiente dispositivo de control social. Mis relaciones sexuales adolescentes e infantiles siempre fueron consentidas. Pero me sentía culpable. Algo no funcionaba y yo carecía de instrumentos para averiguar por qué. Tan sólo sabía sentir. Y sentí miedo, pánico, terror. Gozaba pero pecaba. Así que interioricé emocionalmente que el placer es ilícito y que merece castigo. Las contradicciones sobre la masturbación catalizaron el conflicto. Hasta los trece años fui creyente y practicante (esto último sin demasiados entusiasmos). Después, ya en el instituto, aprendí de mis profesores a criticar el nacional catolicismo. Los curas catalanes se las dan de progres. Pero a mí me hicieron daño. Yo no fui educado en Sevilla ni tampoco en Donosti. A mí me hicieron temer a su dios terrible en Cataluña. Así que los desprecio y los maldigo por castrarme. Porque he necesitado años para dejar de odiarme a mí mismo y permitirme gozar sin culpas. Tanto hablar del Islam permite obviar el profundo dolor que el catolicismo ha causado a la infancia. Deberían promulgarse leyes para proteger a los niños de esa religión tenebrosa. De la mezcla católica entre placer, culpa y castigo, he concluido que lo mejor del catolicismo es su iconografía BDSM<sup>2</sup>. El resto me parece prescindible.

En el instituto descubrí que los juegos eróticos habían terminado. Mis secretos infantiles ya no podían convertirse en dones para otros porque éstos se negaban a aceptarlos. No entendía nada. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué los mismos muchachos que hace un par de años aceptaban encantados mis caricias, fingían ahora no acordarse de nada? La época del instituto fue dura. Las antiguas estrategias de seducción ya no daban resultado. Y, además, tenía que competir con las mujeres por el favor de mis colegas. Todo me resultaba extraño y raro. A mí me gustaban mis compañeros de clase. Y cuanto más masculinos, mejor. Pero tras entender que la religión era el opio del pueblo y alejarme del concepto de pecado, justo cuando me sentía más libre, menos posibilidades tenía para follar. Nunca me sentí distinto de los otros. Tenía otros gustos, eso sí, pero creí ser igual que todos. Sin embargo, a ellos ya no les gustaba lo mismo que a mí. Y no entendí el porqué de ese cambio. Sólo me quedaba aceptarlo y buscar a otros a quienes brindar mis afectos y caricias. Pero nunca busqué homosexuales o gays. Yo quería encontrar muchachos como yo con quien follar. El resto era accesorio. Quería encontrar varones con gustos semejantes a los míos. ¿Pero dónde? ¿Y quiénes eran? Estaba bloqueado. Y decidí huir hacia delante.

## Joven adulto

En mi primer año universitario, decidí hacer lo que hoy en día se llama salir del armario. Primero se lo conté a mi madre. No medí bien el alcance de mis palabras porque ignoraba hasta qué punto las familias se transforman cuando descubren que uno de sus miembros es, en realidad, un monstruo. Afortunadamente los primeros ayuntamientos de la democracia subvencionaban centros de planificación familiar regidos por feministas progresistas comprometidas con su tiempo. Así que llevé a mis padres a la psicóloga de uno de esos centros. La primera visita la hice solo. Quería que me confirmaran mi *normalidad* algo que, en el fondo, ya sabía pero que precisaba

---

<sup>2</sup> BDSM: *bondage*, dominación, sumisión, y sadomasoquismo

bendición exterior. Me atendió una mujer que trabajaba en *La Caixa* y que dedicaba parte de su tiempo a la militancia social. No sé dónde está. Pero agradezco su trabajo, su dedicación y su esfuerzo. Ella quiso charlar a solas con mis padres. Y allí los llevé. En esa visita mis padres salieron informados de que yo no era un monstruo ni un enfermo. Pero, desde luego, sus expectativas respecto a mí se vieron truncadas. El *nen* (soy el hermano pequeño de tres) *era raro*.

El caso es que *no se me notaba nada* y, para mis padres, fue doloroso imaginar sus errores. *Que se note* o que *no se note* es una cuestión estúpida y homófoba. Pero para lubricar los procesos interpretativos de los padres siempre viene bien un poco de afeminamiento. Eso les permite organizar el hilo argumental de la *desgracia* familiar. En esa narración, que el hijo sea un poco *marica*, permite a los padres desculpabilizarse pensando que *siempre fue así*: “es que él no puede evitarlo [...] ¿recuerdas aquella vez que se puso carmín?” Los padres y las madres son así de simples (al menos al principio). En mi caso *no se me notaba*. Para ellos eso significaba que no era de nacimiento. Entonces: ¿qué habían hecho mal? ¿En qué se habían equivocado? ¡Pero si me habían criado igual que a los demás!

Contra lo que suele decirse, las mujeres no siempre aceptan mejor que los hombres la *maricones* de sus hijos. Fue mi padre quien llevó la iniciativa en ese asunto. Era un hombre decente y práctico. Así que, tras poner firmes a mi madre (o al menos intentarlo) sus consejos fueron los siguientes: “ten cuidado” y “ahora tienes veinte años y te vas a la mili: sé prudente”. Confesé mis gustos en familia a los veinte años de edad. Enfrentada pero no resuelta la cuestión familiar, era el momento de socializarme y conocer otros con mis gustos. ¿Pero quiénes eran y dónde estaban? La psicóloga feminista del centro de planificación familiar me envió a una *colla de sardanes* en la que bailaban jóvenes adultos, muchos de ellos homosexuales visibles y no armarizados. En ese contexto, por primera vez, tuve contacto con un *gay*.

El primer *gay* que conocí era un amigo de la infancia de mi hermano. Era psicólogo, miembro de la *colla*, y también trabajaba en *La Caixa*. Era un hombre entrañable, delegado informal del FAGC<sup>3</sup> en la ciudad, que terminó por dejar el movimiento *gay* para dedicarse a la solidaridad internacional, y a quien la ciudad (después de muerto) dedicó una plaza en su memoria. Nos citamos en un bar. Y en un par de horas cambié mi perspectiva del mundo. Ya no era necesario emborrachar a mis amigos para poder seducirlos. Ahora estaría con gente que asumía y gozaba sin culpas lo que hacía. La promesa del paraíso *gay* me llegó a los veinte años. Y no entendí que era mentira hasta los treinta y cinco años de edad. En mi opinión un poco tarde. Pero es mejor que nunca. Parte de mi enfado con el mundo *gay* actual tiene que ver con eso. La promesa *gay* es mentira. Y muchos lo sabemos. Pero nuestras experiencias no llegan a los jóvenes. Nadie les cuenta que el mito *gay* es biográficamente insostenible.

Conocí a mi grupo de iguales. Pero eran muy *maricas*, demasiado para mi gusto. Encontrarlos por la calle y tener que saludarlos fuera del espacio donde ensayaban sardanas me producía angustia y tensión. Y es que además de ser afeminados se besaban las mejillas a modo de saludo. Y lo hacían en espacios públicos y visibles. Yo había salido del armario con mis padres. Pero no con el resto del mundo: hermanos, tíos,

<sup>3</sup> Front d'Alliberament Gai de Catalunya.



vecinos y amigos. En realidad, nunca se termina de salir del armario (yo prefiero decir salir de los retretes donde estaba ligando). La gente es tan pesada y tiene tan poca imaginación que siempre supone que me gustan las mujeres. Y el caso es que me gustan. Pero no para follar. Entre los veinte y veintiocho maldecía que me vieran en público con esos *maricas* que me llamaban *nena* y que iban perdiendo plumas por las calles. A mí *no se me notaba*, yo me comportaba *normal* y no sobreactuaba. Me parecían una locas histéricas. Y terminé por crearme mejor. Éstos son algunos de los efectos que la homofobia me produjo. Tenía tan interiorizados los estereotipos sobre la masculinidad que despreciaba a quienes amaban como yo. Pero en realidad, a través de ellos, me despreciaba a mí mismo. Me costó mucho tiempo aprender a respetarlos. Más o menos el mismo tiempo que tardé en respetarme a mí mismo.

Dejé de ser marica, maricón u homosexual y me hice gay. Mi transición biográfica coincidió con la democrática. Entre los veinte y los treinta años conocí los estertores del modelo franquista de homosexualidad y el inicio del proceso de institucionalización del mundo gay. Pero quise estudiar, y tuve que trabajar para hacerlo. Camarero, repartidor de refrescos, vendedor de juguetes, vendimiador ocasional, etc.. Disfruté poco del entonces incipiente modelo gay. Tenía pocos recursos y vivía en una ciudad pequeña. Así que, al margen de escapadas a las saunas y a los bares gays de Barcelona, solía acostarme con turistas en Salou (al lado de mi ciudad natal). Seducir turistas era una alternativa eficiente: barato, no implicaba compromisos, y nadie llamaba a casa de mis padres preguntando por mí. Como dije, la *cuestión* familiar había sido abordada pero no resuelta. Seguía viviendo con mi familia y me pedían cierta etiqueta vestida de discreción. El silencio es una de las estrategias que desarrollan las familias ante las confesiones desagradables de sus miembros.

En una década (entre los veinte y los treinta) hice la mili, me gradué, me doctoré, y encontré empleo, como profesor, en la Universidad. Durante un año aparqué mis estudios universitarios y me fui al servicio militar. Pero nada relevante aconteció en mi etapa castrense. Fui cabo primero y me aburrí lo indecible. Todo muy distinto de la orgía que pregona la pornografía gay sobre cuarteles. No había sargentos cachondos, ni sexo colectivo en las duchas, ni siquiera masturbaciones conjuntas en las camaretas. Quizás a otros las cosas les fueron de otro modo. Pero en mi caso, con la salvedad de un novato al que adopté y protegí por un tiempo, mis conquistas cuarteleras fueron escasas. Y lo cierto es que nunca escondí nada. Todavía me sorprende (y hiere mi vanidad) que mi sexualidad fuese ignorada por el resto de la tropa. Yo esperaba mucho más del servicio militar, pero me pasó como a Don Juan: llegué, vi, cacareé, y luego fuime y no hubo nada.

Al regresar de la mili terminé mis estudios de grado, inicié el doctorado, y a los veintinueve años ya era doctor. Mi tesis se titula: *El entendido; condiciones de aparición, desarrollo y disolución de la subcultura gay en España*. Es una suerte de autobiografía etnográfica (inconfesa pero evidente) que analiza la historia *homogay* desde el tardo franquismo, hasta los ochenta, pasando por la transición. Mi tesis es producto de mi experiencia. Yo pasaba por allí (por las saunas y por las discotecas de ambiente) y decidí contar lo que veía. Pero en mi tesis evité hablar de mí mismo. En 1991 era difícil explicar a un tribunal de doctorado que, en realidad, yo era uno más de los protagonistas de las interacciones que estaba estudiando. Yo estaba cerca, al lado, junto y con los sujetos de mi investigación. Yo era uno de ellos. Incluso las tipologías

*homogays* que presento en mi tesis (*loca, blando, carroza, reprimido, macho*) nacen de charlas amistosas con mis pares. Yo era un *blando* con posibilidades de *machito*. Así me describió Agustín, un amigo carnicero que murió de sida y desamor. Y él correspondía al tipo macho y así se lo dije. Machito. Yo fui un machito. Me vale ese término. Es un concepto que he explicado en otra parte. Fui machito, chulito; en definitiva: *boba*.

En mi tesis no inventé nada. Tan sólo reproduje y envolví con teoría social lo que otros me enseñaron. Ahora sé que la experiencia es una forma legítima de producir conocimiento científico. Pero en aquel tiempo no tenía ni idea de eso, e hice lo que hice de forma intuitiva. Desde entonces la intuición es una amiga que me da buenos consejos. También he atendido la propuesta de Herbert Blummer y empleo la *introspección simpática* para estudiar la vida social. Según este teórico de la sociología de los años treinta del siglo pasado, es preciso que quien investiga se meta en la piel de las personas para comprender su situación social (en mi caso, era imposible superar tal simpatía). Tuve suerte y el tribunal que juzgo mi tesis se fijó más en cómo usé la teoría que en el modo en que conseguí los datos empíricos. En aquella época, aún no estaba de moda reconocer la subjetividad del autor en los textos sociológicos, así que mi disimulo (que tuvo sentido estratégico) contribuyó a que me hicieran doctor. Pero ante la endémica falta de recursos de la Universidad catalana tuve que trabajar de profesor en secundaria haciendo sustituciones e interinatos. Fue una bendición. Por primera vez ganaba un sueldo digno que me permitía planificar. Alcancé la libertad económica y la independencia que conlleva. Me fui a vivir solo, dejando la casa familiar. Era joven y guapo. Y tenía pasta. De ahí a la locura había sólo un paso. Y lo di.

En Cataluña, la institucionalización del mundo gay se consuma con las Olimpiadas. Yo tenía treinta años y ganas de resarcirme de la vida de estudiante: mucho tiempo de estudio y poco dinero para diversión. Y la promiscuidad y las drogas me ayudaron a hacerlo. No me arrepiento. Soy como soy porque visité esos dominios: carne, sudor, semen, sexo, drogas y música disco. Estaba donde quería estar y con quien me apetecía. Amé. Me amaron. El mundo era una fiesta. Recuerdo con nostalgia las discotecas de Sitges y todo lo que en ellas sucedía. Sexo. Sexo. Sexo. Libertad. Tóxicos. Y locura. Fueron muchos los que se quedaron en el camino y deseo recordarlos con ternura. Jamás cometieron ningún pecado. Amaron y fueron amados hasta que la epidemia del sida acabó con sus vidas. Yo me salvé por los pelos y tengo suerte de estar vivo. Por eso mi compromiso y mi elección es recordarlos, rendirles homenaje, e insistir en que no fueron culpables. Hoy en día, la deriva conservadora de los gays y el afán de *respetabilidad* que persiguen, hace que se tienda a olvidar a esos muertos porque fueron *promiscuos*. Pero yo no voy a hacerlo. Son mis muertos, nuestros muertos. Y les debemos respeto y recuerdo.

María Jiménez canta muy bien qué sucede en los bares de copas, compartiendo risas con gente indecente y sin alma que pierde la calma por la cocaína. Y allí estaba yo con mi novio. Él tenía veinticinco y yo treinta. Cinco años nos separaban y cinco años estuvimos juntos. Residíamos a 160 kilómetros de distancia el uno del otro. Pero pasábamos juntos los fines de semana y las fiestas de guardar. Fuimos la pareja gay de muchos veranos tanto en Sitges como en Barcelona. Guapos, jóvenes, y con dinero (no mucho, pero sí suficiente). Recuerdo con nostalgia agridulce aquel teatro gay nocturno que protagonicé con entusiasmo: con el torso desnudo, bailando con mi novio junto a un

tercero a quien besábamos mientras las luces y los focos se centraban en nosotros. Fuimos una pareja abierta, simpática, atractiva y aparentemente feliz. En realidad estábamos borrachos de vanidad y de productos tóxicos (tanto legales como ilegales). Más tarde, la vida nos pasó factura por eso.

Mi impresión es que los católicos se han apropiado de la noción de dar testimonio; por eso es una expresión que no aprecio. Pero no sé cómo escribirlo de otro modo. Alguien tiene que dar testimonio. Alguien tiene que contar el precio emocional (y también espiritual) que se paga por la adicción a lo frívolo y a lo superficial. En mi caso, además, la adoración de lo banal venía camuflada de trascendencia trasgresora. No podía ser de otro modo en un intelectual de izquierdas. Pero mi estupidez no fue mayor que la que asumen los gays contemporáneos que deciden seguir siéndolo. Pero hay demasiado silencio al respecto. Como tantas otras realidades sociales el mundo gay se ha *macdonalizado*. No hay conciencia política ni tampoco hay reflexión. Es el triunfo de la inmediatez, del corto plazo, del placer instantáneo y de la vanidad. Yo ya he estado ahí. He visitado esos lugares y puedo asegurar que no es el edén que prometieron. Pero al menos, en mi tiempo hubo quienes clamaron contra ello. Ahora son muy pocos quienes protestan, no saben hacerlo, y sus palabras apenas tienen relevancia social ni mediática. El universo gay no es una fiesta. De hecho, su configuración contemporánea conduce a la corrupción del alma. Pero nos hemos traicionado tanto que somos incapaces de verlo (hasta ahora).

El sexo en grupo es maravilloso, divertido y estupendo. Tener pareja abierta y compartir con ella el deseo, es una forma de amor tan legítima como las otras. También la *promiscuidad sexual* (hoy en día denostada) es tan sólo una elección personal y democrática en la que distintas personas se conocen entre sí por un breve lapso de tiempo. Nada tengo contra el sexo. Es una actividad placentera y alegre que debiera acontecer sin restricciones entre personas sensatas que consienten libremente. Nótese que no se ha escrito adultos, sino personas. Quienes no reproducen ni producen (como por ejemplo, los viejos) no tienen menos derecho a follar. También el uso de tóxicos euforizantes es una elección personal de la cual cada uno debe asumir sus consecuencias. Mis primeras intoxicaciones con el alcohol llegaron bastante pronto: a los quince más o menos. Tenía que desinhibirme tanto para seducir a mis amigos como para seducir desconocidos. Eran estrategias adolescentes. Mi contacto con las drogas que la gente cree *blandas* se produce cerca de los dieciocho, y mi encuentro con la cocaína diez años después. Hoy en día las cosas empiezan mucho antes y las consecuencias serán mucho peores.

Todavía no entiendo cómo fui capaz de conseguir algo de lucidez en aquella etapa de mi vida. Pero el caso es que tuve éxito donde otros fracasaron. Tuve éxito y también una segunda oportunidad. Ésta me llegó en forma de depresión. Estaba fatal. Rechacé participar en investigaciones internacionales y rechacé publicar artículos en revistas de prestigio, mientras seguía (ya separado de mi novio) embriagándome con sexo, con tóxicos y, sobre todo, con vanidad. Era un profesor joven, simpático y atractivo. Las estudiantes coqueteaban conmigo pese a saber que era gay. Ahora estaba solo, sin pareja. Pero seguía siendo el centro del mundo. Además, escribía e investigaba sobre sexualidad. Un tema original, apasionante y, encima, novedoso. Yo inventé y desarrollé la Sociología de la Sexualidad en España. Estaba en la cima. Pero me sentía fatal, triste, y sin motivación. Y me intoxicaba para follar. Así que acudí a una

especialista preguntando si quizás, sólo quizás, tenía algún problema con las drogas. Y ella me contestó que tenía un problema con el alcohol. Ninguna distinción, es decir: *zero glamour*. Yo, co-príncipe del mundo gay, señor (y señora) de la Sociología de la Sexualidad, era idéntico a esas personas sin hogar que beben vino en envases de cartón. La lucidez que produce el dolor me llegó como una bendición y entendí que la vorágine de lo banal no conoce fronteras de género ni de opción sexual. Así que decidí apearme del mundo y estuve cinco años sin probar tóxicos, ni euforizantes, ni tampoco el alcohol.

### **Adulto, hombre, *tieta***

Desintoxicarme me costó menos que entender que la Universidad es un nido de serpientes. En ella hay buena gente. Pero también están los que se creen en el Versalles del siglo XVIII. También hay pésimos imitadores de las estrategias de Maquiavelo. Son muchos los que han hecho de la conspiración su estilo de vida. Me harté de tanta tontería barata tejida por gente emocionalmente mediocre y socialmente deshonesto. También me cansaron mis colegas que se creen mejor que los demás. En la Universidad hay una plaga de ambiciones personales (pero no intelectuales) y demasiados narcisismos que, en realidad, esconden miedos y complejos de inferioridad. La vanidad es un pozo sin fondo. Siempre pide más. Lo veo a diario en colegas enloquecidos por lograr el título de aristócratas de Universidad (el título de catedráticos). Para obtenerlo arriesgan su salud social y emocional y, con demasiada frecuencia, también sacrifican su dignidad. Pretenden lograrlo deprisa, a veces a cualquier precio. Resultan ridículos y molestos. Lo primero produce vergüenza ajena; lo segundo, ganas de abrirles la cabeza con un bate de béisbol. Afortunadamente para ellos, milito contra la violencia.

Mi biografía es la historia de un hombre que ha querido serlo y que al final renuncia a tal empeño. Ahora soy una *tieta* orgullosa de serlo. Así me llaman mis amigos. A ese nombre respondo a quienes me quieren. Al resto se lo tengo prohibido. Pero transformarse en *tieta* es un ejercicio complejo de reeducación. Implica dejar de competir. Supone amar, valorar, y compartir lo que se tiene. Transformarse en *tieta* es desenchufarse del sistema de género e implica renunciaciones que, en realidad, esconden un premio: las *tietas* están relajadas porque no han de probar nada. Las *tietas* tampoco compiten con nadie por nada, y pueden ser miedosas y cobardes. Ser *tieta* tiene muchas ventajas y pocos inconvenientes. Ser *tieta* permite renunciar a las formas normativas de ser hombre y libera de obligaciones masculinas absurdas que han sido asumidas sin cuestionarlas. Pero para embarcarse en el tránsito de hombre a *tieta*, hace falta espíritu crítico, y mucho sentido común y del humor. Hacerse *tieta* es una estrategia política e identitaria que tiene sentido instrumental y transitorio. En sus inicios, también la identidad gay fue concebida como un instrumento y no como un fin en sí mismo. Ahora ya no es así.

Las personas que padecen injurias por ser como son, necesitan espacios simbólicos donde refugiarse. La identidad gay cumple con esa función: permite construir islas de sentido común para los naufragos del género. Mientras exista cierto umbral de homofobia la identidad gay, entendida como refugio (o como isla) es tan inevitable como necesaria. Pero algunos sabemos que más allá del archipiélago existen otras tierras. Más allá está el continente y queremos explorarlo. Por eso, ahora que estoy recuperado del naufragio, quiero continuar con mi viaje. La isla gay me parece aburrida



y demasiado urbanizada. Todo es cemento. La especulación ha llegado a todas partes: también a la identidad gay. Esta última ha sido recalificada como suelo urbanizable. Y los especuladores se han aprovechado bien de ello. La identidad gay ha sido devorada por el mercado, traicionada por la corrección política, y usada por gente carente de escrúpulos para promocionarse en los partidos políticos. Por eso dejo esa isla que un día fue mi refugio. Continúo mi viaje, vestido de *tieta*, y busco compañeros con quienes compartir los paisajes.

En mis clases explico a los alumnos qué tienen en común la sociología, el marxismo, el feminismo, y el movimiento gay. Las cuatro son formas de pensar el mundo que nacen para transformarlo y acaban por anquilosarlo. La sociología se transforma en orden y progreso. El marxismo se transforma en socialismo real. El feminismo se convierte en feminismo de Estado. Y el movimiento gay se encastilla en el gueto. Esas formas de pensar el mundo cumplieron su papel histórico lo mejor que pudieron. Hay que conservar sus enseñanzas. Pero también hay que ir más allá. Muchas formas de conocimiento nacen para emancipar y, con el tiempo, terminan por limitar la vida cotidiana de las personas. Tal es el caso del movimiento gay. El movimiento gay ha fracasado en la lucha contra la homofobia porque es incapaz de incorporar al conjunto de varones a la misma. El movimiento gay está oxidado. Ya no da más de sí. Hay que inventar algo mejor. Es preciso construir otro artilugio con el que viajar.

Los transportes no son universales, no sirven para todas partes. A cada camino le corresponde un tipo de transporte. Además, los transportes sirven para viajar, pero es incomodo vivir en ellos. La identidad gay ha permitido alcanzar sociedades sin discriminación legal contra los hombres que se aman entre sí. Alemania, España, Suecia son ejemplos de ello. En otras partes, la identidad gay sigue siendo un refugio imprescindible y un transporte necesario. México, Estados Unidos, Polonia, son ejemplos al respecto. Pero en las sociedades democráticas sin homofobia legal, la identidad gay ya ha cumplido su función. Y si bien las personas tienen derecho a vivir y a viajar donde y como quieran, también es legítimo que otros denunciemos sus incomodidades. En el refugio gay hay tantos intereses creados, que a muy pocos les conviene que se sepa que afuera está saliendo el sol (aunque a veces hace frío).

Elijo transformarme en *tieta*. Y al hacerlo amplio las fronteras de género. Sin embargo, no puedo ni quiero ser *marica*, porque no quiero humillarme y comportarme tal y como los blancos esperan que actúen los negros. Hacerme *tieta* es una estrategia personal (es decir, política) que quizás sea útil a quienes (como a mí) la identidad gay les resulta claustrofóbica. Mi dignidad y mi orgullo me impiden ser *marica*. Propongo a los hombres que se vuelvan *maricas* para escapar de los límites del sistema de género. Pero yo no puedo hacerlo porque (insisto) no quiero ser como un negro que se adecua a las expectativas de los blancos. Me resulta más grato echar mano de las categorías populares y construirme una identidad social y personal mediante su sabiduría: por eso elijo ser *tieta* en vez de cualquier otra cosa. Pero sí aconsejo a quienes nunca fueron gays que se hagan *maricas*. De igual modo, propongo a las mujeres que se transformen en *putas*.

La antropóloga Dolores Juliano explica que la categoría *puta* marca las fronteras de género para las mujeres. Según Juliano, el estigma de la *puta* amenaza a todas las mujeres que van allá de los límites de género que el patriarcado ha previsto para ellas.

Y eso sucede cobren o no por sexo. Hay dos razones por las que propongo a las mujeres que se reivindicquen *putas*: la primera, es que al definirse como *putas*, son solidarias con el estigma que padecen las trabajadoras sexuales; la segunda, es que al asumirse como *putas* cuestionan en sí mismas la educación que el patriarcado les ha impuesto. Parecidas razones explican mi propuesta *marica* al conjunto de los hombres. En primer lugar, si se afirman *maricas* se ponen al lado de quienes padecemos el estigma de serlo; y en segundo lugar, si se reivindicán *maricas* inician un camino de reflexión crítica de la masculinidad que el patriarcado les ha impuesto.

## Conclusiones.

Dejar de ser gay y transformarme en *tieta* es una elección personal que forma parte de mi derecho a autodeterminarme más allá de las etiquetas que socialmente me correspondan. Dejar de ser gay y hacerme *tieta* me permite combatir la homofobia que me inculcaron. Ya no me odio por ser como soy. Pero ni ser gay ni ser *tieta* me defiende del sexismo que me envuelve: por eso busco aliados y nuevas estrategias para combatirlo. Deseo coaligarme con mujeres capaces de ser *putas* (sin que les importe lo que diga la gente). Quiero pactar con otros hombres que, como yo, padecen discriminación por serlo de un modo que se cree inconveniente: los cobardes, los calzonazos, y también los miedicas. Quiero aliarme con varones capaces de asumirse *maricas* aunque jamás se acuesten con un hombre. Busco gente con sentido crítico y del humor para superar las fronteras de género que el patriarcado nos ofrece.

Convertirse en *tieta*, en *puta*, o en *marica*, es un largo proceso de autocrítica. Convertirse en *tieta*, en *puta*, o en *marica* es practicar la democracia y ejercer el poder. El poder es un acto de definición de la realidad. Los actos de poder modifican las realidades sobre las que se ejercen. Las personas también tenemos poder: el poder de autodeterminarnos y decidir nuestra identidad. Por eso decido ser *tieta*. Para mí es un acto de liberación. Y es que si no fuera *tieta* no podría ser un señor ni tampoco un caballero. Ser *tieta* es mi manera de ser hombre. Y no me va nada mal. Se lo aconsejo.

Barcelona, primavera de 2006